

Alfonso Rubio

LOS BITS SE DEGRADAN CON EL TIEMPO

Inútil, por supuesto, cualquier lamentación. La intensa llamada, el intenso deseo —ya sabes por qué la licencia, por qué el adjetivo tan encendido e incorrecto para este panfleto, más valioso, eso sí, que la Ley— todavía son inseparables en esta secuencia de códigos binarios, como la flor abierta del árbol náufrago que perdura en lo real y en lo irreal, si es que esto último existe. Inútil porque algo, un hueco descomunal persiste en su memoria.

Tómame del brazo y llévame a recorrer tu ciudad, donde las calles apenas iluminadas y los parques fumigan de amarillo mostaza el revuelo enloquecido de los insectos; qué será de nosotros, llévame a las afueras del aire, donde cuelgan nidos de tu diario aliento, a la madriguera donde podamos perdernos sin pensamientos, donde los *sin nombre* se han hecho sin remedio emigrantes cautivos.

¿Ves?, vacío mis zapatos para que los llenes de miradas. Ya no digo adioses, sólo quiero querer tan despacio como el ir y venir despreocupado y amable de tus impulsos. Deja la cicla en la hierba, a pesar de tus claras razones, de tu tono prudencial, la sorpresa emocional nos envuelve como un ávido amanecer haciéndose a la mar, a lo extenso de una luz que descarga la doble llama de nuestros ardientes pronósticos.

Y en un improvisado suroccidente colombiano tu eres quien se sujeta al frío sin atemorizar los imanes, sospechas de un hechizo que si nada de esto ocurrió el porvenir es una ciencia perfecta y, claro está, no nos la creemos. Posiblemente, eso sí, rastrees certidumbres, ojo lector que se desliza sobre las líneas de mis arrugas; sí, esta es la tipografía desgastada del porvenir.

Trasladado al reino sin defensas de los que no miran a nada, en la extensión de una isla, pretendida, clásicamente académica, que recorro pensando en nada, escribo en las ráfagas de aire verde que llegan desde la casa de la iguana y jamás te diré qué piensas, qué sientes cada vez que me aloje detrás de tus ojos porque felizmente cierre los míos; la respuesta, ya lo sabes, es siempre sadomasoquista y como un verdadero amante sólo persigo tu hermosa conciencia, a la que me arrojo como un animal hambriento.



Por supuesto, of course, dímelo tu, que ya no podemos volver a ser jóvenes, como cuando —seguro— te despedías de los muchachos con despreocupación; hoy un pretérito no encaja en las urgencias, al menos en la mía, como si el karma fuera un sistema nervioso al borde del acantilado. Pero quiero hablarte con la confianza previa a las palabras que han querido dejarnos un pasado común en el que nunca nos vimos y andábamos cogidos de la mano, antes de bajar al río y abrazarnos. Hablar de lo nuestro que sucede en ti y en mi, rumiarlo por separado para descubrir la imposibilidad del lenguaje, su vocación de engaño, pues tu párpado me basta y arreglaría este intervalo de ansiedad donde la imagen no ha precisado la idea, sino el deseo; ¿qué para colmarnos?: la semántica de los pájaros en un enflaquecido amanecer orientando el cansancio hacia ramas de lo ingenuo.

Las flores del supermercado nos saludan, pero por más que sujetemos al amor con clavos de acero, volverá a caer de su planeta. Resistir como conservar el frescor de los encuentros, sin cambios porque para qué el miedo, más vale que se repitan, porque qué hacemos con el ahora si es la imagen que siempre los revela. Los muchos besos que nos dieron el don de la ebriedad han dejado un poco de lluvia y no es momento de desaparecer en un acto de magia, al estilo, supongo, Enrique Lihn. Enséñame el paisaje de la supervivencia, sobre la cicla negra del destino; todos los días son un tribunal de la resistencia y tu amable palabra me es más que suficiente.

Como un ahogado en casa, sigo esperando esa visita que desaloje mis seres fantasmales, nada nos ha hecho mal y mira, que cada objeto es un símbolo de otras posibilidades y que el cansancio de la muerte que nada, que todavía no asoma, que todavía hay párpados pintados hacia un carbón que pacta con la prehistoria de la emoción. Te pregunto, frente a un país que rueda roto por los suelos, cuál es tu sed, si la sed del otro parecida al alcohol de una salvadora pasión, si una descarga eléctrica que convierte al deseo en padre de la fantasía; o la sed de las aves frías que emigran hacia el sur y más allá del sur que no existe.

Cuántas veces lo hemos leído: las almas son impenetrables y dos cuerpos físicos no pueden ocupar un mismo lugar, la vida es intransferible, pero nada creo, tómame infinito y concreto porque no es mía la decisión de entregarte mi cercanía, necesaria para medir la distancia a la muerte. Y como siempre, no pretendo despistarte, de pronto la mirada porque un grisazul se extingue hacia un insignificante edificio; cómo describir sus elementos, su disposición en la línea gruesa de la tristeza: mármol y cristal, ladrillo y plomo, de nuevo una farola con cuello de cisne; una composición de rara geometría que instiga a las huidas.

Claro que el viento memoriza mi rostro como queriendo dominar los sentidos, construyendo cercas a la inocencia de las bestias; él viene de un país lejano y me acaricia religiosamente, pide obediencia pero no respuestas: tam-

bién yo ejerzo de carcelero aprisionando la imagen amada y me culpo cuando todo es involuntario y hermoso y las leyes mortales frágiles. Me culpo aun siendo un fantasma lo que anda revoloteando en los laberintos: ¿un cuerpo que prolonga el mío? Cuando miro un rostro, como un viejo retrato, si quiero ver la realidad la veo y, si la ficción, la veo también; también es posible –no conveniente- inventarnos un largo adiós.

Ya hace mucho del enunciado de las lágrimas —somos mayorcitos— y ahora buscamos el destello del azar que haga que lo real, tu realidad preferentemente, queme mi imagen; buscar el lugar imperceptible donde, como un instante fotogénico, aparezca el tiempo pasado en el que siempre anidó el porvenir y, mirando a la nada, podamos recuperarlo para alcanzar una mayor realidad; perdón, pues la realidad nunca puede ser mayor a ella; una realidad, mejor dicho, trashumana. Hay naves espaciales esperándonos que nos trasladan a no se sabe dónde; espero, eso sí, que no se llame “mundo”, aunque sea otro.

Venía de un hoyo negro, de la máxima entropía, de una huida inventada a punto de estallar para volver al caos y recomenzar todo de nuevo, de la nada y sus ciclos; un hoyo que impedía distinguir el espacio del tiempo. Sin leyes que me dirijan he aprendido de ti, obedezco a los principios de la física cuántica, a la indeterminación que ahora juntos nos define. Qué peligro, de nuestras conciencias unidas un espejo donde el pensamiento se piensa para no ver nunca sus reflejos, abandonar los hospedajes que acumulan y sólo reconocer el acto, lo que nos conduce a la unión, esa perversa hierba cargada de inquieta melancolía.

El futuro se cubre de signos y no sabemos quién los traza. Encanto que escribes tu belleza en mis sienes para hacer del fiero animal un pájaro pueblerino, es demasiado extensa tu ciudad como para unirme a sus nichos arbolados; mi acento extraño para fundirse a un hogar. Pero mira, estoy fuera de mí y huérfano, tu “abrazo fraternal” es piedad que me lleva a un manantial de flores donde es posible decir lo indecible y reconciliarse con la calma. Afuera, casas en ruina, calles polvorientas, puestos de venta destartados sobre ríos de agua sucia. En la terraza, la sombra del cactus bajo la luna, llámame desde la noche que repite las estrellas y de nuevo me nombra como lumbre de labios escondidos, el universo es blando y el alba una estrella rosada.

Cada instante es una daga que llegará a separarnos, tiempo y nosotros y nosotros en dos, como extrañas lunas ignorantes de su origen y firmes en su espasmo, lo que fue y es convertido en bálsamo, jamás una cicatriz eternamente triste como jamás una fuga de nosotros mismos, porque ya hemos dejado de serlo.

La escritura fija, mi amor, como los bits, se degrada con el tiempo, pero en esto que tu y yo sabemos, que sólo y siempre es intensidad, de nadie seremos mezclando el polvo de tus huesos con el polvo de los míos.